

cifrar mi confianza en ella? Aun cuando se me conceda ese día siguiente que solicito, ¿emplearé realmente ese tiempo en mi penitencia y conversión? ¿Es oportuno para la penitencia cualquier tiempo? No todos los tiempos son los de la penitencia.....

“Bien conocemos, ¡oh cristianos! ese tiempo en que nuestro Dios se digna visitarnos; ese día que nos concede Dios lo conocemos, y acaso en este instante en que os estoy hablando, Dios os dice: Este es, pecador, el último de vuestros días; este es el término del tiempo que os tengo destinado; hoy es preciso que os desprendáis de esa vuestra vida libertina, porque ya no quiero demora.”

Palabras eran estas que me hacían llorar, por que palpaba que en mí mismo existía el milagro que me anunciaban; pero poco después sentíame sobrecogido de pavor al escuchar estas amenazas:

“¿Quién sabe si Dios, volviéndose contra nosotros (después que hayamos despreciado su gracia), no nos dirá entonces lo que aquellos judíos de que habla el capítulo primero de Isaías: Retiraos, y no comparezcáis ante mis altares para presentarme una ofrenda indigna de mí; no os conozco ya, y vuestros sacrificios me son molestos. Como Rey de los siglos y Monarca eterno quería yo para mí las primicias de vuestros años; quería aquellos años de prosperidad que en años de disolución transformásteis; quería aquellos años de salud que con-

sumisteis en la ociosa tranquilidad de una muelle y perezosa vida; quería aquella juventud que convertisteis en escándalo para tantas almas; quería esa edad madura que se ha pasado ocupada en las intrigas de vuestra ambición desmedida; todo eso lo habeis sacrificado al mundo, y lo habeis hecho con la seguridad de que ofreciéndome unos cuantos resquicios de ello con eso solo bastaría; pues yo os digo que esas oblationes me son odiosas y que á mi gloria conviene reprobárlas. Así hablaba el Señor y así se conduce á cada paso con ciertos pecadores después de las criminales demoras que para convertirse emplean....”

Mis amigos tuvieron lástima de mí, y pretextando el cansancio que debía haberme ocasionado una lectura tan dilatada, me interrumpieron á la conclusión de la segunda parte. En efecto no podía yo más; una gran porción de la noche, la voz de Bourdaloue estuvo retumbando en mis oídos, y el día siguiente intimidábame todavía como el imponente estallido del rayo.

Aquel día, que si no me engaño era el lunes ó martes santo, fuimos á oír misa á San Pedro. Nunca entraba sin emoción en aquel magnífico templo, y como un verdadero católico de Roma hacía en él acto muy íntimo de devoción. No dejaba de besar el pié de aquella estatua de príncipe de los apóstoles cuyo bronce, en aquella parte ha llegado á gastarse y ha tomado diverso color con el contacto de los labios de los

fieles. ¿Cuales serian los primeros malhadados corazones que tuvieron el triste placer de disputar al hombre ese natural sentimiento que le inclina á venerar las reliquias de los santos y á invocarles en presencia de sus imágenes? No hay duda de que estaba yo exento de preocupaciones; no era yo todavía cristiano, negaba aun á Dios lo que esencialmente me pedía, y sin embargo amaba ya á los santos porque mi corazón y mi razón me mostraban en ellos mediadores que me era grato y consolador llamar en mi auxilio.

Después de haber oído misa fuimos á arrodillarnos delante de la balastrada que rodea, al lado del altar mayor, al sepulcro de los Apóstoles. Esto era lo que hacíamos siempre que visitábamos á San Pedro, y aun puedo confesar que antes me habia parecido con frecuencia que mis amigos se estaban allí demasiado tiempo; pero no sucedió así aquel día. Uniendo las manos y apoyando en ellas la frente, atrevíme en fin á contemplar francamente ante Dios mi alma, trastornada desde hacia un mes, cargada de tantas inquietudes, acosada de tantos remordimientos, avergonzada de sus cobardías, aterrada del porvenir que le esperaba y vacilante aun en sus resoluciones. Nunca habia percibido tan distintamente mis miserias, sentíme poseído de compasión para conmigo mismo, y no pudiendo ya contenerme púseme á llorar á rienda suelta con una angustia y un extremo de dolor imposible de describirse. Aque-

llo era una tribulación sin igual, era una confusión inaudita; era á la vez el remordimiento de mis pecados y el amor de ellos, la ira, la ternura, el inútil furor de un corazón á pesar de él mismo vencido, el noble arrepentimiento de un hijo que volviera al seno de su padre, la desesperación de un joven á quien se arrebataran sus placeres, el agradecimiento de un preso á quien de sus cadenas se libertara, en fin todo lo que me era dado pensar, comprender y sentir alimentaba el torrente de lágrimas que vertía. Lloraba de haber desconocido á Dios, lloraba de que no podía ya, sin temor, ofenderle. Prostrado á sus pies pedíale que anonadase el mismo hasta el menor vestigio de los indignos ídolos por quienes tanto tiempo le abandonara, y casi al mismo instante, ¡oh locura, oh miseria humana! suplicábale que no los destruyese, y como si hubiese llorado sangre parecía-me que con las lágrimas se me iba la vida.

A aquel combate violento, empero rápido, aunque no lo fué tanto que no hubiese podido abrazar, en la confusión ocasionada por la derrota, el conjunto de mis mas encontrados deseos, siguióse en breve cierta tranquilidad que me condujo á tristísimas reflexiones. Pareció-me que me encontraba en el mismo estado que antes, y que el día de la conversión de que me habia hablado Bourdaloue la víspera, ó no habia llegado todavía ó mas bien habia ya pasado, pasado para siempre, pasado por mi culpa, pasado para mi condenación eterna, y que iba yo

que también me influye en mi sentimiento.

á morir culpable ó á sumergirme mas aun en el lodazal de iniquidades de que me hubiera sido fácil huir, para hacerme merecedor, cubriéndome de mas feas manchas, de mas terribles castigos. Entonces apoderóse de mi corazón una especie de rabia, y atrevíme á revelarme contra aquél decreto, que me suponía haber Dios pronunciado. ¡Pero que! decia yo para mí, ¿no es clemente Dios, y no está lleno de misericordia? No me ha condenado supuesto que hoy quiero convertirme, y lo que solo le pido es que me preste un poco de auxilio.... ¿Y qué auxilio era el que yo pedia? un milagro sin duda, porque no era capaz de comprender el que en mí se estaba operando. Como si hubiera esperado que me veria trasportado por los aires, ó que percibiria, con mis ojos físicos y materiales á Dios descendiendo de su gloria para absolverme y trasformarme, figurábame que no me queria dar oido porque estos portentos no se operaban. Dirigíme á los Santos apóstoles diciendo: Pedro, vos negasteis tres veces á vuestro maestro; Pablo, vos le perseguisteis; ¿habré pecado yo mas que vosotros? ¡amparadme! ¡alcanzadme el perdon que vosotros mismo alcanzasteis! ¡Singular oracion aquella! ¡aquel era sin duda un grito que hiciera exalar la soberbia al gusano aplastado á medias en el fango! Empero queria mi desgracia que hubiera de ofender á Dios aun al implorar su mercedes, y que después de haber solicitado que me perdonase mis culpas, le habia de pedir que me perdonase tambien mi insolente arrepentimiento.

Y como los santos apóstoles no salieran de su sepulcro para asgurarme en persona que sí intercederian por mí, después de haber derramado nuevas lágrimas levantéme convencido de que no habia de convertirme.

He aquí el triunfo de la razon humana, he aquí por lo menos los servicios que mi propia razon me prestara. Toleraba, es cierto, que yo quisiese á cada paso que por mí se operasen milagros, empero no era suficiente para impelerme hácia aquel punto á donde todo la decia que se llegarían á consumir aquellos tan deseados portentos.

Y cuando hubimos salido del templo desgarré el corazón de mi pobre Gustavo, que habia visto un feliz anuncio en aquellas mis lágrimas y dilatadas preces, al decirle con sinceridad que me habia ofrecido á Dios pero que Dios no me queria y que nunca seria cristiano.

.....

.....

Gratisimo momento de la vida del cristiano es aquel en que, no habiendo aun entrado del todo en la gracia de Dios, está cierto de que en breve habrá de entrar en ella y se prepara á tal objeto con un júbilo que no carece de temor y asombro, procurando borrar hasta los mas leves vestigios de sus manchas, á veces inquieto por no saber si podrá lograrlo, pero mas comunmente lleno de natural confianza en la voz de aquel que le promete que le volverá toda su

pureza. Ya recorre el Eden de las divinas promesas, y aun cuando todavía no sea sino un extraño á quien se admite por favor en aquel jardín delicioso, mañana le hará posesor de él otro nuevo favor que solemnemente se le asegura; entonces será el hijo del amo, todo para él florecerá y germinará, todos le cantarán alabanzas. Aquellos amigos que allí encuentra serán mañana sus hermanos; irá, penetrado de amor y de agradecimiento y cubierto de la divina púrpura, á sentarse al banquete paternal con ellos. ¡Cuánto me era grata esta esperanza, y de cuántas nuevas bellezas encantaban mis ojos Roma y los objetos que allí veía! En aquellas iglesias á las cuales íbamos á orar, ya no era yo una constante y animada blasfemia; habíame desprendido de la estúpida insolencia de mi soberbia, y mil objetos, mudos y muertos hasta entonces, comenzaban á hablarme allí con la mayor ternura.

Despertábase en mí un sentido ignorado hasta entonces que me hacia respirar en medio de los templos, no sé qué preciosos perfumes, exhalados por invisibles flores, y que daba al silencio de aquellos lugares voces confusas, sí, pero en tal extremo melodiosas, que jamás música del medio dia escuchada bajo la grata sombra de los árboles, ni sonoras cuerdas de lira con la mayor destreza pulsadas, ni inspirados acentos de la poesía y de la elocuencia, me habrían con extremo tal encantado. Parecíame que las imágenes de los santos me seguían con

una fraternal mirada; á veces quedábame contemplando la cruz, como si en todos los dias de mi vida la hubiese visto, y á decir verdad, nunca antes la habia visto del modo que en aquella sazón la viera, pues hacia latir mi corazón, estaba resplandeciente de prodigios, elevábase, aumentábase y desaparecia en el cielo á mis ojos anegados en lágrimas.

Comprendía mejor á mis amigos, y por esta razón mas les amaba; ya no se me venia á la mente la idea de dudar de virtudes que consideraba posibles á la flaqueza humana desde que camencé á saber qué era lo que las servia de salvaguardia. Mi indignidad cesó de serme insostenible luego que tuve la esperanza y la santa impaciencia de verme libre de ella. Un monje que pasase por la calle, por medio de su simple aspecto iluminaba mi ánimo con una repentina inteligencia y mil cosas que no habia podido concebir inmediatamente las comprendía. Cuando me hallaba delante de cuadros que representaban asuntos piadosos, deleitábame contemplando aquella amabilísima sonrisa con que acariciaban al espectador los ángeles y los santos que estaban pintados en el lienzo, y decíales en mi alma: Mañana habré de volver á veros, y entonces á un hermano vuestro se dirigirán vuestras sonrisas. Llenábanme de noble ufania todas las glorias de la religion y de la Iglesia, y en la aureola de los santos, en las cicatrices de los mártires y en el madero y los olavos de la cruz, encontraba vínculos de fami-

lia, y conocia que nunca volaria mi alma á bastante altura para poder abrazar con mis ojos el horizonte de los esplendores que iba Dios á prodigarme.

En fin, fuéme dado acabar de hacer la lenta y penosa, pero sincera revelacion ante la cual habia retrocedido por espacio de tanto tiempo. Habia dado principio á ella con terribles angustias y terminéla en medio de la vivificadora tranquilidad de la esperanza y del arrepentimiento.

De rodillas á los piés del santo religioso que me exhortaba sobre los hechos de mi pasada vida y acerca de la nueva que en lo sucesivo era necesario que pasase, no sentí, ni pesar por los objetos que abandonaba, ni temor alguno para lo venidero. Escuché con oído piadosamente atento las lecciones de la divina sabiduría que iluminaron mi corazón completamente; eché de ver que eran absolutamente posibles todos los actos que me recomendaban practicase, nada ví ya molesto en ellos, ni nada oscuro me proponian; y hasta aquel adorable y facil perdon de tantos errores, explicábamelo por medio de la bondad suprema que no me imponía mas condicion para otorgarlo que la de que me condujese mejor en lo venidero, dándome al mismo tiempo todas las gracias de que para tal fin necesitara. Alimenté la santa confianza de que ya no seria locivo á mis hermanos, y de que Dios seria misericordioso para conmigo hasta el grado de libertarme, salvando sus almas del

mal que en otro tiempo las ocasionara, haciendo por medio de mi conversion una salutífera advertencia á los que me habian conocido, advertencia de la cual podrian estos aprovecharse y que los demás acaso no desdeñarían.

Abandonado aquel pasado que ya no se encontraba en mis manos, y sacrificando de todo corazón los malos deseos para borrar las acciones culpables, sentí en mí, no ya la vaga voluntad, sino la verdadera resolucion de caminar sinceramente por la senda que se me señalaba, en la cual ya no temia perderme, porque en lugar de seguir mi vana é inútil sabiduría no seguiria sino la de Dios, bajo la vigilancia y el apoyo de la santa Iglesia católica romana que estableciera el Padre de los fieles con el fin de que se encaminasen hácia él todos sus hijos.

Hallábame en el puerto y contemplaba con mirar tranquilo aquel infinito mar de antiguas tentaciones en el cual parecíame que no me volvería á ver acometido por nuevas tormentas.

Sabia cual es el mal: lo que Dios prohíbe. Veinticuatro años habia vivido sin saberlo y sin tener la posibilidad de aprenderlo; habíalo llegado á saber para que jamás se me olvidase, y todas mis ilusiones y miserias no eran ya un arcano en el cual mi razon se perdiere.

Contemplaba la posibilidad de que cayesen sobre mí todos los infortunios sin dignarme honrar ni aun con una simple mirada á los que podian mas fundada y próximamente amenazarme. Dios tenia una visible intervencion en

mi vida; yo tenia fe y habíala encontrado con todos los consuelos, con todas las evidencias, con todas las certidumbres donde me habian dicho que la encontraria. “¡Vengan pues, sobre mí, borrascas y desgracias! con ese signo venceré;” decíame yo en mi mente contemplando el crucificado.

Y cuando levantando la mano sobre mi cabeza, el ministro del Señor profirió con grato y grave acento las palabras sacramentales de la misericordia y del perdon, inclinéme mas de lo que estaba, estremeciéndome de júbilo. Adoré el inesplicable secreto de la clemencia divina y comprendí que me podia perdonar Dios porque sentí que estaba perdonado.

El dia siguiente Gustavo, Adolfo é Isabel, condujéronme, bendiciendo á Dios, al banquete celestial de la reconciliacion. Celebróse esta ceremonia durante la octava de Pascuas, en la santa basilica de Santa Maria la Mayor. ¡Jesus, Salvador mio, tened conmisericacion, por vuestra grande misericordia, de mí que tan indigno soy de tantas gracias, y de todos aquellos por quienes oré aquel dia!

ALFONSO RATISBONA.

ALFONSO MARIA RATISBONA era un jóven israelita de una posicion elevada, de una brillante educacion, criado en las preocupaciones del judaismo, y animado de un odio violento en contra de la religion católica. Repentinamente este jóven cayó de rodillas en uno de los templos de Roma, pidiendo que se le administrase el santo sacramento del bautismo.

Este prodigioso suceso, que reproduce en la memoria aquel que se consumó en el apóstol de las naciones cuando iba por el camino de Damasco, fué declarado en Roma *verdadero é insigne milagro* por un rescrito de 3 de junio de 1842.

He aquí como este nuevo y fervoroso católico da a saber los pormenores y las circunstancias de aquel prodigio de la gracia.

“Si no hubiese de referiros mas que el hecho de mi conversion, una sola palabra bastara: el santo nombre de *Maria*; empero se me piden otros hechos; quiérese saber cómo este antiguo hijo de Abraham encontró la vida, la gracia y la felicidad en Roma. Voy pues, invocando primeramente el auxilio de mi celestial Ma-